

JOSÉ ECHEGARAY: UNA INTERPRETACIÓN GLOBAL

Javier Fornieles Alcaraz

(Universidad de Almería. Centro de Investigación CySOC. Grupo ECCO)

(En memoria de Juan Carlos Rodríguez)

RESUMEN:

En septiembre de 2016 se han cumplido cien años de la muerte de José Echegaray. Por este motivo, parece adecuado realizar un balance y analizar su trayectoria en la vida pública española durante casi sesenta años.

Echegaray fue un destacado político, científico, economista y dramaturgo a finales del siglo XIX. Para analizar sus diferentes actividades y señalar las relaciones existentes entre ellas, es preciso llevar a cabo un trabajo interdisciplinar.

En este artículo se subraya la conexión entre el pensamiento de Echegaray, caracterizado por su optimismo e individualismo, y su formación científica. Asimismo, se indican los vínculos entre Echegaray y los intelectuales que surgen a mediados del XIX y que destacan por su competencia profesional como abogados, ingenieros, profesores o economistas.

Palabras clave: José Echegaray; librecambio; Sexenio Democrático; teatro siglo XIX; Simbolismo.

ABSTRACT:

José Echegaray was a notable politician, scientist, economist and playwright in the late nineteenth century. For this reason, his work requires an interdisciplinary approach to analyze the different roles carried out by Echegaray and the relationships between them.

In order to facilitate understanding of the optimism and individualism of Echegaray, this paper highlights the importance of his scientific background and its connection with professional groups such as lawyers, economists, teachers and engineers that arose in the mid-nineteenth century.

Keywords: José Echegaray; Free Trade; Sexenio Democrático; Nineteenth-century theater; Symbolism.

POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIA Y ECONOMÍA

Conviene recordar, en principio, que la fama y el reconocimiento de los que Echegaray pudo disfrutar en vida fueron realmente asombrosos. Por ceñirnos tan solo a los últimos años, tras obtener el Premio Nobel de Literatura, recibe un homenaje nacional, estrena aún con éxito algunos dramas y ocupa el Ministerio de Hacienda durante unos meses —todo ello en 1905—, mientras se dispone a iniciar sus clases de doctorado en la Universidad Central y preside la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y otras corporaciones científicas. No resulta extraño, por tanto, que Echegaray aparezca, en mayo de 1912, en una encuesta realizada entre los lectores de ABC, como una de las diez personas más influyentes de la historia reciente, junto a Prim, Cánovas, Ramón y Cajal o Pérez Galdós.

Probablemente, la variedad de ocupaciones y de intereses intelectuales que se dan cita en torno a Echegaray explica, en parte, las dificultades para valorar correctamente su significado. Por esta razón, lo primero que debemos tener en cuenta es que entre estas diferentes tareas existe una clara jerarquía.

Echegaray no siente, desde luego, idéntica estima por todas ellas ni les concede el mismo valor. A pesar de participar activamente en los acontecimientos y de ocupar diversos ministerios en el Sexenio Democrático Echegaray muestra, por ejemplo, muy poco aprecio por la política. Prefiere considerarse a sí mismo, en sus Recuerdos, como un simple observador y no como un protagonista destacado: “Con raras excepciones, más he sido un espectador interesado en la tragicomedia de la cosa pública, que un actor que se inspira en su papel” (1910a: 26). Manifiesta un absoluto desinterés por las componendas de los partidos en las elecciones —“Me presentaron porque quisieron, sin que yo lo solicitase” (1909: 88)— y traza un retrato muy negativo incluso de su paso por los ministerios: “Un ministro es un pordiosero de sí mismo: siempre está tendiendo la mano derecha, y la izquierda siempre la rechaza” (1910b: 47-48). Y, tras ocupar el Ministerio de Hacienda por última vez, en 1905, llega a decir que durante esos meses le ha parecido sufrir una

“pesadilla” y que ha creído volver “al periodo de mi vida más difícil y más desagradable” (1917, 2: 257)¹.

La relación que Echegaray guarda con la literatura tampoco resulta del todo placentera. Los éxitos en el teatro halagan su vanidad y le proporcionan unos ingresos económicos más que suficientes. Pero suponen también una fuente de continuos sinsabores. La escena implica someterse a los criterios del público, soportar los comentarios a veces impertinentes de los críticos o atender sobre todo a los caprichos e imposiciones de los actores, que son al mismo tiempo los empresarios. El enojo que le provoca el teatro lo comenta Echegaray en diversas ocasiones, en sus cartas y en sus memorias: “Yo escribo dramas para el público y de estos unos agradan y otros no; escribo algunos para mí y esos no gustan nunca”; “¡Qué me importa a mí esto! —señala a propósito de Comedia sin desenlace—, ¡ni qué ilusión tengo yo por esa tontería, que es mayor tontería desde que me obligaron a variar el final!” (Menéndez y Ávila, 1987: 218). Y en este sentido cabe interpretar algunos escritos como el relato que el propio Echegaray hace de una pesadilla recurrente. En ella, tras recoger las ganancias obtenidas por la representación de sus dramas en el extranjero, pierde el dinero y es acosado por una multitud de muñecos de cristal: sus personajes, probablemente. Brillantes en apariencia, actúan como si fuesen personas, rodean al escritor y se burlan de él en el sueño hasta que el propio Echegaray, enfurecido, los destruye a golpes (Fornieles y López, 2013).

Las dos actividades que le proporcionan a Echegaray sus mayores triunfos en la vida pública —el teatro y la política— son valoradas en ocasiones de forma muy negativa. ¿Cuál es entonces —cabe preguntarnos— el núcleo sobre el que se asienta la personalidad de Echegaray? Entre las diversas facetas que nos ofrece, la fundamental gira, sin duda, en torno a su formación académica como físico y matemático. A mediados de siglo, cuando Echegaray inicia sus estudios como ingeniero, la Escuela de Caminos es realmente una excepción por su rigor y por las exigencias que impone a sus estudiantes. Ejerce una influencia decisiva entre quienes se acercan a la Escuela y les proporciona un sello de identidad

¹ Los tres volúmenes de Recuerdos editados en 1917 no recogieron todos los artículos publicados por Echegaray en La España Moderna. A finales de 2016 la editorial Analecta tiene pensado reeditar las memorias de Echegaray. Desconozco si se incorporarán en esta nueva edición los capítulos olvidados en 1917. Sobre el proceso de creación de los Recuerdos, véase Fornieles Alcaraz (2002-2003).

preciso (Fornieles, 1989: 31-59). El ingeniero de Caminos, Canales y Puertos se introduce en la vida pública como una figura destacada por sus conocimientos y por la importancia de sus cometidos en un momento en que se quiere transformar la economía y se acomete la mejora de las infraestructuras del país y el establecimiento de la red de ferrocarriles. El propio Echegaray se siente vinculado en todo momento a los valores establecidos en la Escuela de Caminos y a sus compañeros de profesión, los únicos casi a los que considera, en cierto modo, sus iguales. Y, sin duda, los ingenieros de Caminos le han correspondido, puesto que este colectivo ha sido uno de los pocos que ha procurado mantener viva su memoria como demuestran los homenajes, las conferencias, las exposiciones y las publicaciones que han realizado (Echegaray, 1905a; 2006).

Podríamos decir que, para Echegaray, la única actividad realmente importante es la que se relaciona con su dedicación a la ciencia y que las demás tareas las considera como distracciones que lo apartan del camino principal. “Mi primera afición, la más intensa, la perdurable —afirma en los Recuerdos— ha sido siempre la que me llevaba y me lleva hoy mismo, al estudio de las matemáticas puras y, por extensión de estas, al de la Física matemática” (1917, 1: 401).

Dentro de la ciencia, la tarea de Echegaray se corresponde, según Sánchez Ron, con la de un buen divulgador en el campo de la física y de la matemática. No realiza aportaciones originales, pero su dedicación, como han apuntado en fechas muy diversas García de Galdeano o Sánchez Ron, sí adquiere especial relieve cuando tenemos en cuenta la ausencia de precedentes y el deficiente contexto en que se insertaba la mayor parte de la ciencia española (Sánchez Ron, 1990, 2016).

No obstante, con independencia de sus méritos en este terreno, para Echegaray siempre estuvo claro que el único prestigio duradero, indiscutible, era el que le proporcionaba la ciencia. Solo allí se encontraba ante unos criterios objetivos de valoración, a salvo de las presiones de la política o de los vaivenes de la crítica y de los espectadores. Y, al igual que ocurre con los ingenieros de Caminos, hay que decir que la valoración de Echegaray se mantuvo en el ámbito de la ciencia cuando su labor en el teatro o en la política empezaba a ser seriamente cuestionada. García Galdeano o Rey Pastor muestran su sincero

reconocimiento en los primeros años del siglo XX. Y, fuera de los círculos matemáticos, es precisamente Ramón y Cajal quien promueve la medalla Echegaray en la Academia de Ciencias Exactas y reitera en varias ocasiones su admiración.

A diferencia de lo que ocurre con las restantes actividades, los trabajos científicos de Echegaray abrazan toda su trayectoria como intelectual. Antes de la Restauración, sus primeros libros *Introducción a la geometría superior*, *Tratado elemental de termodinámica*, *Memoria sobre la teoría de los determinantes*, *Teoría matemática de la luz*, dan cuenta de su dedicación nada más concluir los estudios. Muy pronto ingresa en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, una institución en la que los ingenieros en estos primeros años adquieren un relieve especial y en la que Echegaray va a ocupar un puesto sumamente destacado. La labor como difusor de la ciencia prosigue en la *Revista Contemporánea*, *Revista Hispanoamericana*, *Revista de los Progresos de las Ciencias*, o en diarios como *El Imparcial* o *El Liberal* durante la Restauración. Mientras se considera a sí mismo como un "literato tardío", "de ocasión", sus vínculos con el mundo científico se mantienen firmes hasta el final de sus días. A partir de 1906, libre ya de los compromisos con la política o el teatro, la tertulia a la que prefiere acudir es la que forman sus compañeros de carrera, los ingenieros de Caminos, en el Ateneo. Las tareas de Echegaray se centran en publicar sus clases y en atender a los alumnos en la cátedra de Física Matemática en Madrid, y en presidir tanto la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales como las nuevas instituciones que acogen a estos profesionales: la Real Sociedad Española de Física y Química, fundada en 1903, y la Real Sociedad Matemática Española creada en 1911. Y no es extraño, por tanto, que sea la Academia de Ciencias la que reciba los dos grandes tesoros de Echegaray como intelectual: el diploma con el Premio Nobel y su biblioteca particular.

Junto a la política, la ciencia o la literatura, la economía política fue otra de las actividades en las que Echegaray muy pronto destacó. Al concluir sus estudios, las *Armonías económicas* de Frédéric Bastiat y las ideas librecambistas le proporcionaron un esquema de pensamiento que le permitió analizar los problemas políticos y sociales del momento y criticar con dureza las

contradicciones del sistema isabelino (Fornieles, 1989: 61-138). A mediados del XIX, el librecombio en España suponía una opción minoritaria, digna de ser considerada, pues intentaba reformar un mercado interno muy reducido y excesivamente manipulado por las interferencias de la política. Frente a las especulaciones, los abusos de los impuestos sobre el consumo y los intereses particulares de quienes utilizaban el Gobierno en su propio beneficio, el librecombio representaba, en esos momentos, la aspiración de que el mercado introdujese un cierto control y racionalizara la economía. Con estos planteamientos, Echegaray destacó pronto en los mítines librecambistas y esa fama le aupó nada más producirse la Revolución de Septiembre, en 1868, a la Dirección General de Obras Públicas por recomendación del nuevo ministro de Hacienda, Laureano Figuerola. Más tarde, la familiarización con las lecturas de los economistas le llevó a formar parte del reducido grupo de políticos que podía situarse al frente del Ministerio de Hacienda.

En sus orígenes, el interés de Echegaray por el librecombio y por las obras de Frédéric Bastiat está vinculado una vez más con el mundo de la Escuela de Caminos y con las matemáticas. Quien lo introduce en la economía política es un profesor de la Escuela, Gabriel Rodríguez, con el que edita, en 1856, la revista *El Economista*. Y el ardor con que defiende sus ideas en el campo de la economía proviene de la vecindad que Echegaray encuentra entre la economía y el rigor de las ciencias exactas. “Todo lo que dice es exacto, es indiscutible, es matemático —comenta en sus *Recuerdos* a propósito de Bastiat—, no puede combatirse más que con sensiblería hueca o con palabrería, hoy muy de moda” (1917, 1: 371-72). No le importan, por ello, las críticas recibidas por su devoción librecambista ni la extrañeza que esta provoca a principios del XX —la entrevista de Morote en 1904 resulta en este sentido muy significativa—, cuando el socialismo se abre paso con facilidad entre las inquietudes de los intelectuales. “Pero es que hace treinta años —llega a decir— demostraba yo que la suma de los tres ángulos de un triángulo vale dos rectos, y hoy definiendo lo mismo” (1917, 3: 26). De ahí que, a finales de siglo, Echegaray manifieste sobre todo su interés por autores como W.S. Jevons y L. Walras, e intente destacar precisamente los nexos que se establecen entre la economía política y las matemáticas.

HACIA UN ENFOQUE INTERDISCIPLINAR

Por regla general, las diferentes actividades cultivadas por Echegaray solemos enjuiciarlas por separado. En realidad, lo que deberíamos hacer es justo lo contrario: buscar los lazos de unión, los nexos que existen entre ellas, para interpretarlas adecuadamente.

De entrada, algunos ejemplos nos permiten apreciar los vínculos indudables que se establecen entre la política, la economía, la ciencia o la literatura. Durante los primeros años de la Restauración la presencia activa de Echegaray en los grupos de la oposición gubernamental se impone a la imagen que ofrecen las restantes ocupaciones, y muchos de los ataques y de los elogios que recibe como dramaturgo tienen su origen en su trayectoria como político. De hecho, la prensa usa a veces algunos títulos de sus obras para comentar determinadas situaciones en la política. O adapta en las caricaturas las escenas más populares de sus obras —las sospechas del marido en *El gran Galeoto*, por ejemplo, al escuchar las murmuraciones sobre su esposa— para apuntar humorísticamente los desencuentros en el primer Gobierno de Sagasta. Como político estrechamente vinculado a los logros y los fracasos de la Revolución de Septiembre, el teatro de Echegaray cuenta, por este motivo, con las simpatías de diarios como *El Imparcial* o *El Liberal*, para los que el Neorromanticismo puede ser visto como un eco de la energía y de las libertades perdidas tras la Restauración. Esa es en concreto la postura de Leopoldo Alas cuando celebra sus dramas como una muestra del “libre examen”, por su atrevimiento al revisar la moral o las costumbres establecidas (2004). Pero también el teatro de Echegaray recibe, a cambio, las censuras de *La Época* o de la *Revista Contemporánea*, de quienes, tanto a su derecha como a su izquierda, ven en sus obras un signo de la irresponsabilidad, la falta de freno y de sentido común, que había conducido a los desórdenes de la Primera República y que había hecho luego ineludible la Restauración (Fornieles, 2017).

Al iniciarse la Restauración, la bandera de los ideales del Sexenio Democrático parece descansar ante todo en Galdós y Echegaray. Mientras el joven Alas celebra la obra de ambos por este motivo, otros críticos censuran en ellos la tendencia a insertar sermones a favor de la libertad. Entre estos últimos, Mañé y Flaquer alaba precisamente a Castelar por haber sabido renunciar a las

antiguas teorías tras la experiencia de la Primera República; y critica, por esta razón, el afán de Galdós por “plantear y resolver ecuaciones sociales” en Gloria y Doña Perfecta. Y recrimina, asimismo, a Echegaray por “su papel de apóstol”, por querer siempre demostrar una tesis preconcebida como corresponde a un hombre dedicado a las fórmulas matemáticas (Mañé, 1889).

Mañé y Flaquer se hacía eco así de las consideraciones expuestas por Manuel de la Revilla, catedrático en la Central y uno de los críticos más influyentes en los primeros años de la Restauración. En esta etapa, Revilla apela al Neokantismo en la Revista Contemporánea como único medio de eliminar los comportamientos “irreflexivos”, la grandilocuencia y la retórica huera de los políticos del Sexenio tras la decepción sufrida como republicano. Y desde esta perspectiva examina con recelo el éxito creciente de Echegaray en los escenarios. Para Revilla, los dramas de levita de Echegaray se colocan fuera de las normas y preceptos, se convierten a veces en “la perversión más radical y completa del arte dramático”. No sin razón en parte, como veremos, encuentra el origen de estos defectos en su condición de hombre de ciencia, en el gusto de Echegaray por aplicar los razonamientos deductivos de la matemática, propios de su profesión, a una esfera tan influyente como la del teatro en la que debe predominar, según Revilla, la observación de la realidad y el análisis cuidadoso de los sentimientos. En el ambiente de respeto por los logros pausados de la ciencia, que promueve la Revista Contemporánea, y con el recuerdo siempre presente de lo ocurrido en la Primera República, Revilla llega a considerar las obras de Echegaray como un peligro por exacerbar las pasiones y por traer a la memoria los últimos dislates del Sexenio Democrático (Revilla, 1876; Fornieles, 2017).

Al margen de la influencia que la política ejerce sobre su valoración como dramaturgo, otros ejemplos nos permiten analizar cómo se mezclan las distintas actividades de Echegaray de forma en ocasiones difícil de reconocer.

En 1881 se estrena El gran Galeoto, el drama de Echegaray que tuvo, sin duda, más éxito. Tras la representación los espectadores lo aclamaron y lo acompañaron entre vítores a su casa, y la misma escena se repitió durante varios días en Madrid. Sin embargo, Echegaray estaba muy preocupado por la obra. Y uno de los espectadores que asistió al estreno, Clarín, buen amigo de

Echegaray, nos cuenta cómo llegó a temer lo peor ante los primeros murmullos de los espectadores, que se formara en el teatro un gran escándalo en contra del escritor.

Ambos tenían buenos motivos para estar preocupados. El gran Galeoto era en parte una continuación de otra obra, *Cómo empieza y cómo acaba*, que fue considerada no sólo inverosímil, sino hasta 'repulsiva' e 'inmoral' por parte de la crítica. Y El gran Galeoto resultaba un drama aún más peligroso. En ella se nos presenta a un joven brillante, Ernesto, que vive en la misma casa que su protector, don Julián, y la esposa de éste, Teodora. La gente empieza a comentar que Ernesto y la joven mujer de don Julián están enamorados. Y la obra termina con la muerte del marido, don Julián, y con Ernesto imprecando a los que murmuran, pero abandonando, al mismo tiempo, la escena con Teodora en los brazos y tras mostrar su pasión escondida. Fácilmente se podía temer, en consecuencia, que la obra fuera interpretada por los espectadores como una exaltación de la pasión y casi del adulterio.

Echegaray estaba tan preocupado por El gran Galeoto que no esperó a la publicación de la obra para defenderse de las críticas recibidas como en otras ocasiones. Esta vez colocó un prólogo en prosa dentro de la propia obra para explicar el sentido de la misma. En dicho prólogo, el supuesto autor de El gran Galeoto, del drama que se está representando, aparece en el escenario e indica a los espectadores que su intención es señalar como las murmuraciones, los hechos pequeños, a los que no damos importancia, pueden producir, por un encadenamiento de circunstancias, grandes consecuencias: "Yo solo pretendo demostrar que ni aun las acciones más insignificantes son insignificantes ni pérdidas para el bien o para el mal, porque, sumadas por misteriosas influencias de la vida moderna, pueden llegar a producir inmensos efectos" (Echegaray, 2002: 78).

Es ésta una idea —el hecho de que algo pequeño puede producir efectos devastadores— utilizada por Echegaray en otras obras y en varios discursos con las mismas imágenes incluso. ¿De dónde procede? Su origen no se encuentra en el campo literario sino en otro ámbito: la economía política, las obras de Bastiat y los mítines de los economistas liberales en los que Echegaray participa activamente en torno a 1860. Para Bastiat, en libros como *Lo que se ve y lo que*

no se ve, el gran problema de los librecambistas reside en que los males del proteccionismo no se aprecian al principio sino a largo plazo; y para captar los inconvenientes que genera una política de ayudas a las industrias deficitarias es preciso seguir los efectos en el tiempo. Por ello, los partidarios del libre comercio, como el protagonista y como el autor ficticio de *El gran Galeoto*, deben luchar muchas veces contra las opiniones equivocadas de toda la sociedad; y tienen que recurrir a modelos deductivos, a exageraciones que pongan de relieve lo que puede ocurrir: las graves consecuencias tras los aparentes beneficios que proporcionan las ayudas a las empresas nacionales.

La revista *El Economista*, que Echegaray funda con Gabriel Rodríguez en 1856, nos muestra con frecuencia cómo sus redactores incurren en esas exageraciones llenas de ingenio y acidez. Si las obras públicas son siempre convenientes, ¿no deberíamos derribar entonces todos los edificios de la Puerta del Sol —se preguntan irónicamente— para favorecer el trabajo? Las exageraciones y los razonamientos al absurdo no significan para estos ingenieros apartarse de lo que dictan la razón o la lógica. Al contrario. “Si admitís el microscopio en las ciencias naturales —advierte *El Economista*—, no rechazéis en economía política ese otro microscopio al que dais el nombre de exageración; dejadnos que aumentemos la magnitud de ciertos hechos sociales para hacerlos perceptibles a los miopes” (Rodríguez y Echegaray, 1856: 63).

A esta luz, la fantasía desbordada o la falta de rigor que algunos críticos observan en el teatro de Echegaray alcanzan un sentido completamente diferente para el escritor. Contra lo que puede parecer a quienes lo critican, en sus dramas Echegaray afirma seguir “la más implacable lógica” (1876: 8). Lo que intenta es aplicar unos procedimientos al menos vagamente relacionados con la lógica y con los métodos de las ciencias sociales. Para Echegaray, en *El gran Galeoto* se limita, de acuerdo con sus explicaciones, a convertir la mente, la inteligencia, en el microscopio del que hablaba *El Economista*, en una “lente que traiga al foco luces y sombras, para que en él broten el incendio dramático y la trágica explosión de la catástrofe” (2002: 84). Desde esta perspectiva, Echegaray no considera que esté incumpliendo las normas generales que establece la ciencia. Desarrolla una hipótesis, encadena a continuación unos razonamientos y aplica esa lente de aumento para demostrar lo que una

experiencia insuficiente sobre determinadas costumbres, los peligros de la murmuración en este caso, no nos permite percibir de forma adecuada (Fornieles, 2017).

POLÍTICOS E INTELLECTUALES A MEDIADOS DEL XIX

Las complejas relaciones que se producen entre las diferentes actividades de Echegaray constituyen un factor que dificulta el correcto entendimiento de su obra. Pero el principal problema tiene su origen en otro lugar: en el desconocimiento del momento histórico en que se desarrolla su biografía.

Durante muchos años hemos tenido escaso interés por esclarecer la historia del XIX. Hasta hace poco tiempo podíamos encontrar algunas monografías importantes sobre la economía del XIX, pero resultaba difícil hallar, en cambio, una biografía de Cánovas o de Sagasta. Se podía seguir la evolución de los partidos republicanos, pero apenas había nada sobre la política y sobre los grupos que ejercieron realmente el poder durante la segunda mitad del XIX. La situación era tan anómala que cualquier aproximación a Echegaray obligaba a empezar por reconstruir su biografía antes de analizar sus dramas. En esa línea trabajamos Edgard Samper y yo mismo con el fin de situar las actividades de Echegaray en la Escuela de Caminos, en los mítines librecambistas o en la política del Sexenio antes de estrenar su primera obra en 1874 (Samper, 1985; Fornieles, 1989).

Afortunadamente, ha cambiado el panorama. En la medida en que ahora podemos reconstruir mejor esa etapa, es posible intentar situar la figura de Echegaray en la coyuntura histórica a la que pertenece. No hablamos, por tanto, de una dificultad que enturbie solo la correcta apreciación de Echegaray, sino de un obstáculo que afecta a otros muchos intelectuales de la época. Recordemos, en este sentido, que el mismo problema se proyecta sobre figuras tan destacadas del momento como Campoamor o Núñez de Arce².

Pues bien, dentro de esa coyuntura histórica, ¿cuál sería la clave para interpretar las diversas actividades en las que Echegaray sobresale? En mi opinión, Echegaray forma parte y nos ofrece un ejemplo significativo de un grupo

² Junto a Alicia Delibes, Jorge Urrutia ha sido una de las pocas personas que ha señalado el desconocimiento y la conveniencia de prestar mayor atención a Echegaray. Precisamente, Urrutia indica también esa misma actitud en relación con Núñez de Arce (1983; 2016).

social determinado. Me refiero al grupo de intelectuales, catedráticos, abogados, economistas, ingenieros, que ejercen su profesión con éxito y se asoman a la vida pública en torno a 1850. Se habla en ocasiones de una generación de 1868 para ocuparse de muchos integrantes de este colectivo. Pero generalmente se hace demasiado hincapié en las ideas de estos intelectuales y se descuidan los intereses de clase, los soportes económicos y políticos, que justo intentamos reconstruir en relación con Echegaray.

Al margen de este debate, dos acontecimientos impulsan, sin duda, a este colectivo del que nos ocupamos: el desarrollo que introducen las medidas liberalizadoras adoptadas en la economía a mediados de siglo, por un lado, y las revoluciones liberales de 1854 y de 1868, por otro.

Concretamente, esta última, la revolución de 1868, se convierte en el momento decisivo para este grupo social. En la nueva coyuntura, se acude a estos intelectuales para ocupar algunas parcelas del poder político; se recurre a ellos tanto por sus conocimientos profesionales como por el hecho de que en un régimen de libertades se necesita a personas competentes, capaces de defender las nuevas ideas en la prensa y en el Congreso. En ese contexto de bonanza económica, que se abre a mediados del XIX y que se encuentra ligado, en parte, a los cometidos de los ingenieros de Caminos por la creación de una red de comunicaciones, Echegaray inicia su andadura en la vida pública. Edita sus primeros libros, se consolida como profesor en la Escuela de Caminos, publica junto a demócratas y krausistas en revistas fundamentales como *La Razón* o en diarios como *El Imparcial*, interviene en el Ateneo, participa en las sociedades y asociaciones que defienden el librecambio, y obtiene un progresivo reconocimiento en determinados círculos. Y en 1869 pasa, en apenas unos meses, de ser un modesto profesor valorado por su talento, que almuerza con su tartera en el aula, entre clase y clase, a encargarse de la Dirección General de Obras Públicas y, tras su primer discurso en el Congreso, a ocupar un puesto en el Gobierno como ministro de Fomento.

La mayor parte de los rasgos que observamos en las diferentes actividades llevadas a cabo por Echegaray podemos vincularlos con la trayectoria ascendente de este grupo social. Seguros de sí mismo estos profesionales no temen las libertades; al contrario, las reclaman para exponer sus objetivos y opiniones,

para mostrar, en definitiva, sus capacidades en la prensa o en el Parlamento. La osadía con que Echegaray interviene en la Academia de Ciencias en 1866 para decir que España nada ha aportado en la historia de las matemáticas; las burlas aceradas que lanza sobre los proteccionistas en los mítines; la vehemencia con que se consagra como orador en el Congreso de los Diputados, en 1869, recordando los crímenes de la Inquisición, o el arrojo para plantear, luego, determinadas cuestiones morales a los espectadores de la Restauración tienen la misma raíz. Todos esos atrevimientos deben interpretarse, en mi opinión, a partir de la seguridad que proporcionan a los intelectuales esa experiencia vital siempre ascendente y los firmes conocimientos profesionales que les otorgan un rápido reconocimiento social.

De ahí surge también el optimismo con que Echegaray defiende la posibilidad de que algún día la estética, la economía o las cuestiones sociales se aborden con la misma exactitud que los problemas científicos. Y en este mismo sentido debemos interpretar la confianza con que en sus últimos años, pese al desmoronamiento de los pilares de la mecánica clásica en la que él se formó, siga pensando que se puede producir en el futuro una síntesis entre la ciencia que él domina y las nuevas ideas de la física. Advierte sí, a finales del XIX, una especie de anarquismo, por usar sus palabras, en todos los órdenes del pensamiento. Observa una crisis profunda que afecta a la religión, la moral, el derecho, la propiedad, la familia. Admite que la incertidumbre se propaga incluso dentro de la ciencia, donde se habla de un espacio de más de tres dimensiones, de campos electromagnéticos, y donde los propios científicos renuncian a las certezas de ayer y aparecen “como sacerdotes que reniegan de sus propios ídolos y que derriban sus propios altares” (1905: 43; 1910c). Pero por encima del dramatismo retórico que Echegaray infunde con sus imágenes, se alza la convicción de que nos hallamos ante un momento transitorio, pues al final la armonía —la noción clave dentro del pensamiento en la coyuntura histórica que arranca a mediados del XIX—, termina por imponerse. Los principios opuestos lo son solo en apariencia. Al final, la integración de estas contradicciones se abre camino para estos intelectuales y logra establecer nuevas normas sin ahogar la variedad ni la libertad en todos los órdenes del pensamiento y de la realidad. Echegaray repite esta idea sin cesar: “La verdadera ciencia es la que armoniza

ambos extremos en una gran síntesis"; y otro tanto ocurre en la creación, pues "las grandes obras literarias son aquellas en las que se armonizan en admirable síntesis ambas tendencias" (1884: IX, XI).

La armonía, que Bastiat señala en la economía o que la razón logra imponer en la ciencia, justifica, pues, la osadía y la firmeza con que Echegaray mantiene intactas sus convicciones individualistas a principios del siglo XX. Cuando esas ideas parecen arrinconadas por la historia, Echegaray continúa declarando su confianza —"Yo soy un optimista impenitente"— y la fe en el progreso ininterrumpido de la civilización frente al clamor de las nuevas generaciones:

Solo que yo, por espíritu optimista, (...) ni temo las crisis, ni con la crítica me enojo, ni pierdo las esperanzas.
Hasta ahora, aunque la humanidad ha arrostrado muchas crisis, y aun más formidables que la que hoy atravesamos, siempre ha salido triunfante y con nueva vida (1905b: 67, 80).

En el caso de Echegaray, la formación científica le proporciona los ejemplos adecuados para fundamentar sin asomo de duda la fe depositada en el individuo, en el progreso del hombre y de las libertades. Esa confianza hunde sus raíces sobre todo en la experiencia que permite a unos modestos profesores proyectar su voz cada vez más lejos y ocupar, incluso, puestos muy destacados en la sociedad. Y explica la curiosidad y el entusiasmo con que Echegaray suele mirar las novedades y se incorpora, por ejemplo, a las primeras sociedades de velocipedistas mientras saluda con júbilo el nuevo invento, "el caballo de acero de toda la clase media": "¡Qué libre, qué independiente, qué individualista es la bicicleta!" (1895a).

LOS DEMÓCRATAS MONÁRQUICOS

Como hemos indicado, el ascenso de Echegaray se produce de forma vertiginosa tras la Revolución de 1868. En ese periodo Echegaray figura en las filas de los demócratas monárquicos y, más tarde, en el Partido Radical. Dentro de estos partidos Echegaray se convierte en una pieza importante por su paso por distintos ministerios y por sus intervenciones parlamentarias. Su trayectoria dentro de la política resulta, por este motivo, especialmente representativa a la hora de observar los cambios y las nuevas propuestas ideológicas que se están

introduciendo a partir de los años sesenta. A lo anterior, se añade además el hecho de que su biografía nos permite acceder a una documentación muy extensa tanto por los comentarios incluidos en sus Recuerdos como por el permanente seguimiento que la prensa realiza de sus diversas actividades.

Durante el Sexenio, el ideario de los demócratas monárquicos se diferencia en varios aspectos de las propuestas realizadas por krausistas, economistas liberales o demócratas republicanos. Pero coincide en unos elementos básicos que recogen la manera de pensar de estos intelectuales entre los que Echegaray logra especial relieve. En principio, los demócratas monárquicos constituyen un selecto grupo que defiende enérgicamente las libertades y los derechos individuales, y que puede por ello debatir sin complejos con los representantes del republicanismo. Destacan por su capacidad profesional en el foro o en la cátedra y se reconocen encantados en lo que los periódicos de la época denominan "la juventud inteligente". En el Sexenio Democrático, por su participación en los Ministerios de Hacienda o de Fomento, Echegaray efectúa un trabajo primordial al ocuparse de asuntos como el desarrollo de la red ferroviaria, la creación y regulación de empresas, la enseñanza, la cuestión religiosa, la concesión del monopolio de emisión al Banco de España o la discusión de los presupuestos. Su oratoria y sus capacidades didácticas probadas en la cátedra le permiten además analizar y exponer con claridad los temas más complejos en el Congreso. Por este motivo, ocupa un puesto relevante en momentos tan complicados para su partido como el debate sobre la conveniencia o no de disolver la Asamblea Nacional y convocar nuevas elecciones que cambien la correlación de fuerzas en la Primera República. En un ambiente cada vez más encrespado, Echegaray es precisamente la persona elegida para subrayar las incógnitas que existen sobre la unidad del país o sobre el mantenimiento del orden social.

El trabajo y los méritos acumulados en plena juventud constituyen las cartas de presentación que los demócratas monárquicos exhiben con legítimo orgullo. Son conscientes de pertenecer a una élite por sus conocimientos y se ven a sí mismos como "un ejército sin soldados". A pesar de ser una minoría, los demócratas monárquicos no renuncian a ejercer un cometido fundamental en la situación creada por la Revolución de Septiembre. Por su posición social, se ven

a sí mismos como el fiel de la balanza, a medio camino entre el capital y el trabajo. Pregonan con frecuencia su neutralidad, su equidistancia entre las clases acomodadas y el proletariado, y su capacidad, por tanto, para procurar un entendimiento entre los intereses enfrentados³.

Alcanzan puestos claves durante los primeros años del Sexenio, pero no se presentan como políticos, sino más bien como guardianes de las libertades y como tutores del resto de la Cámara. La política, para ellos, supone en realidad un mero instrumento, una herramienta secundaria. De ahí el desdén que Echegaray siente por algunos de los procedimientos de la política, como vimos, y la falta de interés que muestra por controlar un distrito. Desde la perspectiva de estos intelectuales, lo importante es, por un lado, el trabajo, el esfuerzo personal; y, por otro, la educación, preparar al país para que lentamente asuma las nuevas ideas. Nos hallamos aquí ante los principios que vertebran el discurso de Echegaray en cualquiera de sus diferentes actividades. “La Industria, en general, la Química, la Mecánica y la Electricidad han abierto brillantes horizontes a la juventud. Ese, ese es el camino —advierte Echegaray en sus Recuerdos—, y no el de buscar caciques y diputados que recomienden y pidan destinos” (1917, 3: 17). La confianza en estos principios es absoluta por parte de Echegaray. Así lo resalta en el Ateneo, en una fecha especialmente solemne. Tras el desastre de 1898, vuelve, por un lado, a proclamar su fe en los derechos individuales frente a la tentación de acudir a remedios dictatoriales. Y reafirma, por otro, su convicción de que el trabajo y la inteligencia son los únicos remedios para remontar la crisis: “Yo no creo que una nación sea fuerte y grande porque tenga numeroso ejército disciplinado y aguerrido”; “una nación será grande cuando posea la más alta ciencia” (1898: 28).

Lógicamente, la tarea de extender la educación señala una labor para la que estos intelectuales desde la tribuna que les proporciona la prensa o la cátedra tienen una experiencia acreditada y en la que deben ocupar un lugar preferente. Echegaray sigue así el mismo camino que otros destacados miembros de su generación, vinculados a otros grupos aparentemente opuestos —es el caso de Castelar o Nicolás Salmerón—, quienes insisten en la importancia

³ Sobre el pensamiento y las actuaciones de los demócratas monárquicos, así como sobre la significativa participación de Echegaray en los sucesos del Sexenio: (Fornieles, 1989: 189-259).

de la educación y en la necesidad de que el intelectual, el conocedor de las leyes de la historia, se sitúe al frente del proceso⁴.

En plena efervescencia revolucionaria los demócratas monárquicos se presentan inflexibles en el campo de las ideas, en la defensa de las libertades y de los derechos individuales. Pero al mismo tiempo reconocen la necesidad de acomodarse en la práctica para sortear los problemas del momento. La tarea asignada no es, en efecto, una obra de un día; supone una lenta de reconstrucción de las conciencias, una larga preparación en el campo de las ideas que las revoluciones, por sí mismas, no pueden conseguir. El radicalismo teórico se combina de este modo con la prudencia en las actuaciones. Como expone Gabriel Rodríguez con nitidez en el Congreso, las nuevas ideas de los economistas liberales deben introducirse paso a paso; en caso contrario, si se pretenden aplicar sin “que la opinión pública general las admita, provocan reacción contraria que retrasan su triunfo definitivo” (Rodríguez, 1869; Costas, 1988).

Por esta misma razón, en el debate fundamental a nivel político entre monarquía o república los demócratas monárquicos adoptan una postura muy flexible y le conceden un valor secundario a la forma de gobierno. Ambas fórmulas pueden servir para implantar progresivamente las libertades y responden, en suma, a condicionamientos históricos accidentales. “La revolución todos la amamos”, pero “sobre todo lo accidental —subraya Echegaray en 1869—, está siempre la ley eterna”; lo importante es averiguar “su esencia misma, ver qué representa, qué significa, hasta qué punto está en armonía o en contradicción con la ley del progreso”. Nos encontramos, por lo demás, ante un principio válido no solo para la política. Precisamente, el científico es consciente como pocos de la lentitud con que se producen los avances:

La Ciencia ha pretendido y pretende irse acercando poco a poco a la verdad; penetrar lenta, muy lentamente, los misterios del Universo; adelantar hoy un paso, una línea, quizás detenerse todo un siglo; y esto no es hacer bancarrota, ni es engañar a nadie (1905d: 148).

⁴ Sobre la importancia de la educación como eje de la actuación política en Salmerón: (Fornieles, 1991; 1995: 61-81).

Y esa misma consideración debe aplicarse a cualquier actividad como hacen ver las palabras de Echegaray sobre el gradual desarrollo del periodismo a fines del XIX:

Siglos y siglos ha necesitado el cosmos para llegar del protoplasma sin nervios al vertebrado con sistema nervioso y cerebro; no se pretenda que en solo un siglo, que no es mucho más larga la vida del periodismo, llegue la sociedad a lo acabado y lo perfecto (1895b: 61).

De este modo, el intelectual dedicado a la política reconoce las limitaciones que afectan a sus ideales y las acepta en su quehacer cotidiano. Puede mostrarse, al mismo tiempo, radical en la teoría y flexible en la práctica. Y así lo expone con claridad Echegaray cuando rememora sus primeros años como propagandista del libre comercio:

No negábamos que existiese gran variedad en las prácticas económicas, en la interpretación de las ideas morales y en las leyes escritas de una u otra época, de este o de aquel siglo; pero esta variedad la considerábamos como una peregrinación de la humanidad hacia ideas fijas y absolutas (1917, 3: 299).

Desde esta perspectiva los demócratas monárquicos pueden llegar a decir que “gobernar es transigir”, aplicar “el método de las transacciones”, como indican Segismundo Moret o Manuel Becerra en las Cortes de 1869. Los desvíos pueden ser asumidos siempre y cuando no se pierda de vista el horizonte teórico, el final de esa larga “peregrinación”. Seguros de los principios que defienden, los demócratas monárquicos no se arredran, por este motivo, ante las dificultades ni ante las diferencias que encuentran entre sus ideas y los angustiosos compromisos ante los que el Sexenio los sitúa. En realidad, si nos fijamos bien, esa distancia confirma sus merecimientos, avala las aspiraciones de estos intelectuales, pues no viene sino a subrayar la necesidad de abonar el terreno mediante la educación, a resaltar, por tanto, la importancia de la tarea para la que están justamente preparados.

Las contradicciones que en ocasiones observamos en la biografía de Echegaray —el Banco Hipotecario o la creación del Banco de España por parte de un libre cambista— hallan aquí mismo su explicación. La concesión del monopolio al Banco de España en 1874 se explica, ante todo, por la situación terrible de la Hacienda, necesitada de dinero para afrontar la Deuda y la guerra con el

carlismo, así como por la preferencia dada en 1868 a la introducción de las reformas económicas sobre las medidas para equilibrar el presupuesto con los impuestos tradicionales (Echegaray, 1877; Tortella, 1974; Costas, 1988; Tedde, 2006). Pero las contradicciones tienen también su fundamento en la estrategia gradual y en la predisposición con que el intelectual admite los retrocesos que encuentra en su camino. Con todo, en este punto conviene efectuar una distinción. Ciertamente, la distancia entre lo que Figuerola o Echegaray sostienen antes del Sexenio y lo que ponen, a veces, en práctica desde el Ministerio provoca que la oposición o sus propios compañeros librecambistas expongan las contradicciones y los acusen de oportunismo. Pero nada tiene que ver el pragmatismo de un ministro como García Barzanallana, por ejemplo, con el debate interno y los esfuerzos que Figuerola o Echegaray realizan al menos para conciliar la doctrina con las medidas que se ven obligados a adoptar en un momento determinado⁵.

A su vez, la estimación interesada de la educación como la única palanca que favorece el progreso explica esa relación esquiva que Echegaray mantiene con la política como hemos señalado. Y nos permite comprender mejor la participación activa, entusiasta, de Echegaray en las Conferencias dominicales para la educación de la mujer, en la Institución Libre de Enseñanza, en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo dando cursos de matemáticas, en la Junta para la Ampliación de Estudios o en el Consejo de Instrucción Pública, así como la promoción incansable de los avances científicos que lleva a cabo en la prensa.

LA PECULIAR SITUACIÓN DE ECHEGARAY COMO INTELLECTUAL

Los planteamientos y las actuaciones de los demócratas monárquicos recogen las aspiraciones de una parte importante de los intelectuales que surgen con fuerza en la vida pública en la segunda mitad del XIX. Sus discursos enuncian sus intereses y méritos, así como los cambios que consideran necesario introducir para lograr un encaje adecuado en las nuevas relaciones sociales.

⁵ Véanse, por ejemplo, las críticas que recibe Echegaray de algunos compañeros de partido por sus contradicciones cuando se discute sobre el Banco Hipotecario, así como las justificaciones que elabora: *Diario de Sesiones de las Cortes*, 18 de noviembre de 1872. Y los discursos pronunciados por Echegaray en 1877 en el Congreso cuando interviene para explicar su gestión en 1874 y defenderse de los ataques recibidos.

Ahora bien, en el caso de Echegaray hay que valorar, asimismo, otros factores importantes que modulan su participación dentro de este grupo de intelectuales.

En primer lugar, Echegaray no es el intelectual que vive de la política o que hace méritos en el periódico, y al que la literatura le ofrece un cierto prestigio social para ocupar luego un puesto en la Administración del Estado. Llega a la vida pública con un sólido prestigio profesional y con unos ingresos económicos escasos pero garantizados.

Echegaray puede, pues, mirar con cierto desdén las intrigas y las presiones de la política mientras reivindica que los logros obtenidos no han sido fruto del azar o del favor político. Con legítimo orgullo, está probablemente pensando en sí mismo cuando destaca los méritos de Navarro Reverter, también ingeniero, político y escritor. La trayectoria de Navarro Reverter —afirma— no es la un “aventurero de la política”, sino la de alguien que ha llegado a conquistar una posición “con caudal propio y conocimientos de un orden elevado, que no todos poseen” (1914: 422).

De ahí también la insistencia con que el propio Echegaray refiere en sus Recuerdos los múltiples compromisos y ocupaciones que le agobian. De este modo, subraya que sus aspiraciones y los reconocimientos conseguidos no provienen de la herencia o de la especulación. Se fundamentan en un saber reconocido, al alcance de pocos, y en el esfuerzo continuo, en el trabajo que lo acompaña desde sus días como estudiante en la Escuela de Caminos. El trabajo personal, continuo, extenuante, que desarrollan con la inteligencia, se convierte en una noción clave, pues coloca a estos intelectuales en una posición privilegiada para dirigir la sociedad como obreros y, a la vez, como aristócratas del pensamiento. No puede extrañarnos, por tanto, que Echegaray decida resumir su vida en 1904 con una simple frase: “En suma, he trabajado mucho en este mundo, y sigo trabajando”(1904: 4). Ni que recurra a esos mismos valores ante la multitud congregada junto a la Biblioteca Nacional cuando recibe el homenaje por el Premio Nobel: “¡Homenaje a mí! ¡Porque amo el trabajo y tengo fe en el trabajo!” (Homenaje, 1905: 164).

En segundo lugar, Echegaray procede de una familia con escasos recursos económicos, sin más patrimonio que el título académico del padre, Echegaray

Lacosta, del que el dramaturgo recuerda precisamente sus méritos y las dificultades que encuentra, sin embargo, para cobrar sus honorarios y abrirse camino en el instituto de Murcia (Fornieles, 1989: 51-53). Echegaray no es, pues, el intelectual que llega a Madrid con unas sólidas rentas familiares o que dispone de una extensa red de influencias por tradición familiar. Su inquietud por los apuros económicos que el sueldo de ingeniero no le permite solucionar se advierte en sus primeros años. Las clases particulares y su ascenso en la política le brindan una salida en principio. Más tarde, esa preocupación, según él mismo indica, le lleva a alejarse de las actividades científicas, a optar por el teatro y a colaborar asiduamente en la prensa:

Las matemáticas fueron y son una de las grandes preocupaciones de mi vida; y si yo hubiera sido rico, o lo fuera hoy, si no tuviera que ganarme el pan de cada día con el trabajo diario (...) me hubiera dedicado exclusivamente al cultivo de las Ciencias Matemáticas (...) Pero el cultivo de las Altas Matemáticas no da lo bastante para vivir. El drama más desdichado, el crimen teatral más modesto, proporciona mucho más dinero que el más alto problema de cálculo integral; y la obligación es antes que la devoción (1917, 1: 405-406).

Por lo visto, los libros de ciencia no hacen rico a nadie en España —vuelve a señalar en los Recuerdos— mientras que los artículos de ciencia popular en los periódicos dan algo más “y por eso he escrito y sigo escribiendo tantos (1917, 2: 303).

Durante toda su vida Echegaray se muestra muy consciente de sus méritos, pero también, como vemos, de los límites y de los peligros que rodean su prosperidad. Resulta quizás hoy difícil captar las penurias y los miedos de la mayor parte de los intelectuales. La vulnerabilidad ante las enfermedades, las tribulaciones de figuras como Zorrilla para sobrevivir o la angustia, años después, de otra gran figura como Pérez Galdós —situación ante la que Echegaray se declara conmovido— no pueden pasar desapercibidas para los intelectuales y les hacen sentir continuamente la distancia que existe entre sus méritos y la recompensa recibida. Para evitar esos peligros, Echegaray trabaja sin descanso y vigila con suma atención sus intereses económicos. Se queja amargamente por no recibir sus derechos de autor en el extranjero. Preside la Asociación Lírico-Dramática; o figura en el consejo de honor de la Asociación de Autores, Compositores y Propietarios de Obras Teatrales, organizada por

Fiscowich. Y no dejará de combinar su creciente dedicación a la ciencia en sus últimos años con las colaboraciones en las revistas ilustradas y el trabajo en la Compañía Arrendataria de Tabacos mientras aumenta la indignación de los jóvenes escritores que a duras penas logran sobrevivir.

En tercer lugar, debemos valorar el hecho de que Echegaray ocupa un lugar destacado en la vida pública durante más de 50 años. Por lo que se refiere a sus actividades conviene, por tanto, establecer al menos una clara distinción entre varias etapas: la primera, anterior al Sexenio Democrático; la segunda, que se extiende hasta finales 1882 —momento en el que Martos se integra con Izquierda Dinástica en el Gobierno y Echegaray deja de figurar en la primera línea de la política—; y una última, en la que las actividades culturales cobran mayor relieve.

Dentro de este periodo tan extenso es necesario valorar, desde el punto de vista intelectual, el salto que se produce entre 1860 y los años iniciales del siglo XX tanto en la ciencia o en la literatura como en la política. Como hemos indicado, Echegaray se incorpora a las crisis que introduce el simbolismo, la física moderna o el socialismo sin variar apenas sus planteamientos de origen. Examina atento los cambios, intenta adaptarse y confía en que tarde o temprano se producirá una conciliación entre las tendencias dispares. Pero la recepción de sus trabajos y opiniones experimenta, lógicamente, un giro decisivo por parte de las nuevas generaciones. Echegaray busca la armonía en todos los órdenes de la vida: en la economía a partir de Bastiat; en la estética, como veremos, entre el idealismo y el realismo; en la política con la conciliación entre las libertades individuales, el derecho y el deber. Ahora bien, a finales de siglo las nuevas promociones lo que observan, en cambio, es una lucha cruenta entre el capital y los obreros que la caridad o el reconocimiento del trabajo no pueden salvar. En este nuevo panorama, la defensa del trabajo, de las libertades individuales y de las normas morales que Echegaray efectúa frente a la corrupciones, las interferencias de la economía en la política o la ausencia de libertades de los Gobiernos de Isabel II o de la Restauración, ha perdido su aureola y suscita cada vez más incompreensión.

Por último, para perfilar la posición de Echegaray, debemos recordar que es ante todo un hombre de ciencia y que su discurso está relacionado con ella y

no con el krausismo o la filosofía hegeliana a diferencia de lo que ocurre con Castelar o Nicolás Salmerón. Comparte con ellos la idea de que es posible atrapar la historia en una serie de leyes. Pero en el caso de Echegaray son las matemáticas y las ciencias experimentales las que proporcionan los ejemplos y dan coherencia a los proyectos y a la nueva forma de entender las relaciones sociales que este destacado grupo de intelectuales desarrolla. Echegaray enuncia así estos principios ideológicos con mayor seguridad y ambición que quienes intentan abordarlos desde la filosofía o la historia. La ciencia ofrece, en efecto, un suelo más firme y borra cualquier relación con los intereses económicos o con las disputas en el terreno de las ideas. Al fin y al cabo, no existe el tiempo para la ciencia ni para la ideología en la reconstrucción del mundo que pretende realizar el intelectual. Como subraya Echegaray en su último discurso en la Academia de Ciencias, el científico se sitúa más allá de las disputas y los accidentes temporales y sus obras adquieren, por ello, mayor solidez: los nombres de Newton, Pascal, Laplace, Poincaré, Gauss, Abel, “serán más duraderos que las pirámides de los Faraones; contra ellos es impotente la más potente artillería, porque sus nombres flotan en la región eterna de la verdad, y allí no llegan ni balas ni metralla” (1914b).

Echegaray no olvida en ningún momento el lugar que ocupa precisamente por su condición de científico y, en la medida de lo posible, procura integrar en ella el resto de sus actividades. En la biblioteca de sus personajes se mezclan los autores como Shakespeare o Platón con Newton y Lagrange. Y él mismo nos trasmite en algunas anécdotas la complacencia que siente al observar que ocupa un espacio diferente en el campo literario. Así ocurre, por ejemplo, cuando recuerda, ante los académicos de la Española, el cariño con que Fernández Guerra, tras oír uno de sus dramas, celebra sus conocimientos —“Usted ha leído mucho a Teócrito”—, y él debe refrenarse para no responder: “¿Le sería lo mismo que hubiese leído a Laplace?” (1895b: 46).

Su condición de hombre vinculado a la ciencia le hace aún más consciente de constituir una avanzadilla, de pertenecer a esa élite profesional que políticamente se integra en los demócratas monárquicos. Se trata de una situación que el reducido y selecto auditorio que asiste a sus clases de física y matemáticas en el Ateneo y luego en la Central le recuerda de continuo.

Echegaray procura adaptarse a su público y no tiene prisa a la hora de atender a sus alumnos mientras observa con cierta decepción el escaso número de oyentes en sus cursos científicos, según recuerda alguno de los asistentes a sus conferencias en el Ateneo. Pero no olvida tampoco que se mueve en un terreno reservado a unos pocos y así lo enuncia con claridad en sus trabajos académicos: "Como logremos llamar la atención de un lector, de uno solo, sobre el problema matemático filosófico que plantea Mr. Boussinesq, daremos por bien empleado nuestro trabajo" (1886: 2).

EL TEATRO DE ECHEGARAY: SIMBOLISMO Y OBSERVACIÓN DE LA REALIDAD

Hemos visto en los apartados anteriores las directrices que marcan el pensamiento y las actuaciones de Echegaray. A esta luz Echegaray muestra, en definitiva, el ascenso de una clase media consciente de sus propios méritos logrados por el trabajo, el estudio y la competencia adquirida en sus profesiones. Representa a ese grupo esforzado que solicita ya, desde mediados del XIX, en nombre de unos valores específicos —el talento, el esfuerzo personal, el cumplimiento del deber— un puesto preferente en la sociedad. Y esos mismos valores son los que Echegaray procura exponer en sus dramas. No el honor calderoniano; sino el honor y el sentido del deber de esa nueva clase media profesional, que ha dado un salto decisivo en la escala social y que, por ello, se atreve, al menos con el pensamiento, a aspirar a todo: a buscar las grandes leyes de la historia, como Castelar, o a llevar, en el caso de Echegaray, el rigor de las ciencias exactas a las ciencias sociales para hallar "una solución única, científica, inquebrantable", un futuro en el que "la mecánica explique la sociedad y el álgebra la belleza" (1869b: 43).

Ciertamente, la variedad de aspectos que se reúnen en torno al teatro por los intereses económicos en juego, la presencia en directo de los espectadores y la mediación ineludible de los intérpretes, aumentan la dificultad para situar y para entender la obra literaria de Echegaray. Para empezar, debemos tener en cuenta que Echegaray admite, una vez más, los condicionamientos, en este caso del teatro, y los acepta. Sabe, y así lo manifiesta, que el verdadero drama no se encuentra en el texto, sino en la escena y que tanto los intérpretes como el

público, con sus reacciones, juegan un papel fundamental en la suerte de las obras (1896). Escribe, pues, para un público determinado y tiene siempre en mente a los actores que van a interpretar sus dramas. Como anota con acierto Clarín, en 1893, Echegaray sigue fiel a sus principios durante su dilatada trayectoria en los escenarios: "hacia principalmente Vicos y Calvos; ahora hace principalmente Marías Guerreros" (1973: 142).

Sin duda, Echegaray reconoce las limitaciones y los defectos en la forma que muestra su propio teatro. Pero en el terreno de la literatura el objetivo se sitúa de nuevo a largo plazo. También aquí nos encontramos ante una tarea gradual, pues el verdadero progreso radica en aumentar "la ilustración general" del público, "la sensibilidad artística de la masa" (1896). Echegaray puede así acercarse de modo esporádico a las nuevas corrientes literarias, a las propuestas del Naturalismo o del Simbolismo, que sigue con la misma curiosidad voraz que manifiesta en sus restantes actividades. De hecho se encuentra entre los primeros autores en interesarse por Ibsen o por Hauptmann, y participa directamente, aunque con escasa fortuna, en la labor de difundir sus obras (Rubio, 1982). Pero las diferentes tendencias artísticas —de acuerdo con el gradualismo que observamos también en la política o en la ciencia— necesitan finalmente acomodarse a los límites establecidos por el público o por los actores del momento. Para respetar a esos intereses, Echegaray integra las novedades en su sistema y las ahorma a sus esquemas habituales. Elabora siempre una trama en la que los contrastes dominan y en la que los acontecimientos se precipitan sin descanso para mantener la atención de los espectadores; y multiplica los recursos que permiten el lucimiento de los intérpretes y provocan los aplausos del público. Construye así una estructura dramática que funciona con éxito durante casi treinta años y que los posibles renovadores —Galdós, Dicenta, entre otros— se ven obligados a reconocer y a estudiar si pretenden hallar un hueco en la escena.

La aproximación al Simbolismo así como las diferencias entre los argumentos situados en el XIX o en la Edad Media, entre las obras en verso o en prosa, importan desde el punto de vista literario, pero tienen, en realidad, un valor secundario para Echegaray. Desde su punto de vista —y esto es fundamental—, la forma es ante todo un mero instrumento para desarrollar una

idea. El arte puede no necesitar, incluso, una materialización externa especialmente pulida, trabajada. “Si el fondo es fuerza, la forma puede ser imperfecta —asegura— (...) pero ha de ser vigorosa y enérgica” (1914c). “Lo que importa buscar en el arte no es la renovación de la forma, sino la renovación del fondo”, “la transformación inmensa de ideas, sentimientos, creencias, dudas y energías” —explica en su discurso de ingreso en la Española— (1894: 42-43). E idénticas manifestaciones encontramos con frecuencia en sus memorias:

Lo que interesa que se renueve, obedeciendo a la eterna evolución de la vida, no son los moldes literarios o dramáticos, sino, como decíamos antes, la materia que haya de arrojarse en esos moldes.

Algo importa la forma del molde, no lo niego; pero más importa el líquido fundido que en él se vierta (1917, 1: 343, 340).

Las obras de levita o las de época pueden parecernos muy diferentes —y así le ocurre a muchos críticos coetáneos del dramaturgo—, pero para Echegaray responden a los mismos principios; participan de idéntico modo en lo esencial, en esa renovación del fondo. Con sus imperfecciones, los caudillos y bastardos que se alzan en sus dramas señalan también a los espectadores el pensamiento que Echegaray quiere propagar sin descanso en sus obras. Los protagonistas situados en la Edad Media o en la sociedad de la Restauración transmiten una idea clave, la fuerza de quienes sobresalen por su energía interior, la tendencia universal que anima el progresivo desarrollo del individuo. Por este motivo, en 1881, cuando se celebra el centenario de Calderón, Echegaray destaca precisamente en su discurso la rebeldía y la negativa de Pedro Crespo a someterse en *El alcalde de Zalamea*, pues el autor en ella, “siendo hombre de su época y de su tiempo encuentra en sí algo que le lleva a los tiempos futuros” (1881: 207-08). Los personajes de Echegaray no hacen, para el autor, sino reproducir la misma situación. Adelantan con sus armaduras el heroísmo que muestran, asimismo, los ilustrados protagonistas de una clase media acomodada en *Conflicto entre dos deberes* o en *O locura o santidad*. Y, por otra parte, ¿no vemos en estos protagonistas la misma tenacidad y empuje que Echegaray observa en un hombre de ciencia como Poincaré, “tan esclavo de lo que pudiéramos llamar el deber individual, que cuando es preciso, tiende sobre la

mesa de disección su ciencia predilecta, y sin piedad mete en ella el escalpelo y la somete a todas las crueldades del análisis"? (1905d).

A esa defensa de lo que significa el individuo animado por el talento y el esfuerzo es a la que Echegaray se aplica sin descanso al margen de los compromisos que le imponen la estructura del teatro y los gustos del público. Lo que intenta transmitir ante todo son los valores que definen a esta nueva clase media profesional tanto en sus dramas de levita como en los dramas de época. Es una cuestión que conviene ver más despacio, pero me gustaría al menos apuntar unos ejemplos. No de la etapa central de Echegaray en la que la presencia de unas determinadas convicciones se aprecia con mayor claridad, sino de sus últimos años para observar la tenacidad con que mantiene los principios sobre los que debe reconstruirse, en su opinión, la sociedad española.

A fuerza de arrastrarse, estrenada en 1905, justo tras recibir el Nobel, recoge precisamente la oposición que existe entre el intelectual que cumple con su deber y el que da la espalda a sus obligaciones. En la aldea, Plácido, rodeado por la pobreza, solo piensa en ir a Madrid y en "subir como pueda", sin importarle los medios. El engaño, la adulación, la humillación de pedir continuamente dinero o de aceptar el chantaje de unos delincuentes trazan el camino que le permiten llegar a ministro. En la misma situación, sin más recursos que su talento, se encuentra Javier. Ha recibido también una educación y ha gozado de una cierta posición social, que ha perdido al arruinarse sus padres. Tanto Plácido como Javier exhiben la precariedad y las aspiraciones del intelectual. Pero el camino que escogen es muy diferente. Plácido da la espalda al esfuerzo, a la ética. Javier no consigue una fortuna, pero logra, en cambio, un prestigio y la dignidad que proporciona el trabajo y la honradez. Ese es el eje del drama al que luego se suman diversos recursos para lograr la atención del público o el lucimiento de los actores.

Muy distinta nos puede parecer otra obra, *La escalinata de un trono*, estrenada poco antes, en 1903. Sin embargo, el autor proyecta las mismas inquietudes. Esta vez se trata de un drama de época, en verso. En ella, el decorado, los trajes y los alardes retóricos de los intérpretes constituyen quizás el reclamo principal para los espectadores. Pero Echegaray desliza también la idea clave que desea transmitir. El drama se sitúa en Italia, en un momento

indeterminado entre el final de la Edad Media y el comienzo del Renacimiento. Estamos en una época en la que cualquier mercenario, se nos dice, puede llegar a rey por la fuerza de su espada. Los personajes principales comparten idénticos anhelos y limitaciones que los protagonistas de *A fuerza de arrastrarse*. Roger representa el valor, pero no sabe quiénes han sido sus padres. Teodora declara con orgullo que es una 'plebeya', pero hija de un gran soldado. El tirano de Pisa, que la pretende, se burla de los nobles y los trata con desprecio: "Sangre noble infundo yo/ en los humildes", afirma. Con independencia de sus orígenes Roger encarna la fuerza y la defensa de su honor; su espada está dispuesta a vengar cualquier ofensa, cualquier injuria. Representa una nueva forma de aristocracia que el protagonista de *A fuerza de arrastrarse* ha convertido, en cambio, en una parodia al simular incluso un duelo para trepar en la sociedad corrompida.

A su vez, la modesta vida del intelectual que trabaja en silencio o el coro de gente que ensalza al tirano e insulta a Roger hasta no dejarle más salida que la muerte no deja de recordarnos una cuestión esencial: la debilidad, el suelo resbaladizo sobre el que se mueven aún estos individuos que intentan rebelarse contra sus orígenes o que se mantienen firmes en el cumplimiento del deber a finales del XIX.

Echegaray en sus dramas da voz a estas inquietudes, pero no se trata de principios que debemos atribuir a un individuo en particular. La reconstrucción ideológica que estos intelectuales —pensemos de nuevo en Castelar o en Salmerón— llevan a cabo en las obras literarias, en los artículos o en los discursos políticos recogen siempre las mismas contradicciones. Como representantes del trabajo y de la inteligencia piensan con optimismo en el futuro, exhiben con orgullo sus nuevos blasones y estiman que ocupan un lugar idóneo para llevar a cabo su misión. Pero al mismo tiempo se sienten con frecuencia en tierra de nadie y miran con desconfianza a uno y otro lado de la sociedad.

Resulta fácil observar cómo Echegaray moldea los mismos sentimientos en los escenarios. La muchedumbre que persigue a los protagonistas en los dramas de época o los corrillos de personajes —una constante en sus obras— que acechan y murmuran en los dramas de levita, reelaboran el precario equilibrio del intelectual. Guardan además una estrecha relación con las vivencias de la

infancia y juventud en las que Echegaray recuerda siempre con angustia las escenas en las que alguien impone arbitrariamente su voluntad. Y nos advierten sobre la resbaladiza condición del intelectual, de una élite que intenta abrirse un hueco entre dos fuerzas contrarias que pueden anularlo en cualquier momento. Ese sentimiento se graba con más fuerza aún tras la experiencia que Echegaray vivió en 1873, en los momentos iniciales de la Primera República, cuando llegó a temer por su vida y pudo salvarla gracias a la intervención de Castelar quién se interpuso entre la multitud airada y los miembros de la Comisión Permanente de las Cortes⁶. Esa desazón le acompaña cuando se ve asediado en la política por las peticiones o zarandeado por la crítica y los espectadores en el teatro. Se percibe en el miedo escénico que sufre cada vez que asiste a un estreno o en los versos de su soneto sobre la creación de sus dramas cuando indica que a veces, como dramaturgo, "me coge la explosión de medio a medio". Y nos hace captar de forma más nítida el alto valor que Echegaray concede a la ciencia como único refugio, pues "ante un teorema inquebrantable de Geometría se estrella impotente el oleaje humano". Solo allí, en efecto, es posible encontrar realizadas las aspiraciones del intelectual, la confirmación de que la inteligencia somete la vida a sus leyes. Solo allí puede uno estar a salvo, lejos de las turbulencias de la política o del pánico que Echegaray siente al estrenar un drama y que no hace, en este último caso, sino recordarnos de nuevo la verdadera situación del escritor en el mercado (1890: 99).

Conseguir un avance gradual en la sensibilidad del público nos permite explicar la facilidad con que Echegaray justifica sus dramas y se adapta a los condicionamientos del teatro. Pero ¿es acaso posible conciliar esa apasionada defensa del individuo en el teatro, ligada al Romanticismo, con los criterios lógicos, rigurosos, que el autor afirma aplicar en todos los órdenes de la vida? ¿Hay alguna relación, para el escritor, entre la ciencia y la retórica de sus dramas? ¿Existe alguna justificación más allá de considerar que en la estética al igual que en la política o en la economía, nos hallamos ante un camino que tiende al progreso y que debe aceptar, a su vez, las contradicciones del momento presente?

⁶ Por este motivo, Echegaray le estará perpetuamente agradecido y lo elegirá como padrino al ingresar en la Real Academia Española.

Sin duda, esa conexión entre rasgos que nos parecen opuestos debe producirse para el dramaturgo. Echegaray defiende la armonía, “la unidad suprema de cuanto es”; y asegura que una de las características principales de la ciencia se halla “en la multiplicidad de relaciones, que entre todas sus partes se establece de continuo”, en esa capacidad que le permite, como vimos, aguardar el día en que “la mecánica explique la sociedad y el álgebra la belleza” (1882, 1869b). Sus reflexiones sobre la creación literaria no pueden quedar, lógicamente, al margen de los principios básicos de su pensamiento.

En este punto, el símbolo juega un papel básico para comprender las explicaciones que el dramaturgo nos proporciona sobre su propia obra. Los símbolos y las metáforas que hoy nos alejan de su teatro componen, en realidad, un elemento clave en la estética de Echegaray. Al unir lo abstracto y lo sensible, recogen un eco de esa especial unidad y armonía que las leyes de la matemática nos permiten descubrir en el universo. El símbolo es la herramienta que nos lleva a distinguir los puntos de contacto entre el mundo material y el mundo de la conciencia. Gracias a él, podemos observar cómo todo lo existente se relaciona: vislumbramos, en efecto, esa unidad profunda que nuestra imaginación señala cuando decimos que “los ojos de una mujer son cielos y soles” o que “hay tempestades en el alma y tempestades en el espacio” (1889: 55).

Los símbolos alcanzan un valor específico, peculiar, dentro del pensamiento de Echegaray. No son solo una parte fundamental de la creación literaria; constituyen también el andamio sobre el que se levanta la ciencia. “Las matemáticas no son en el fondo —nos indica Echegaray— más que un gran simbolismo de prodigiosa potencia” (1890: 95). “La serie de los signos y operaciones del álgebra es el simbolismo más perfecto que la serie de realidades que constituyen el mundo de la materia”; nos proporciona “la imagen simbólica de la realidad física” (1889: 50).

Con ese lenguaje ‘simbólico’ la ciencia logra, según Echegaray, su aspiración de ser “trabazón, enlace, relaciones, leyes, unidad en suma”. Esa unidad, que confirman el álgebra o la lógica, la hallamos también de modo imperfecto en el arte, especialmente en la arquitectura donde captamos, por ejemplo, el vínculo indefinible entre las aspiraciones religiosas y la forma de las catedrales en el Medievo. Y la misma unidad percibimos en la creación literaria

gracias a las conexiones que establecen las metáforas e imágenes, pues en todas las ciencias “hay analogías y semejanzas, que antes de que la ciencia las señale, el poeta las adivina” (1910c: 468).

Desde el punto de vista literario las obras de Echegaray han recibido no pocas descalificaciones precisamente por la tendencia irrefrenable de sus personajes a generar todo tipo de elementos simbólicos. Su teatro ha sido caracterizado como “simple verborrea”, “drama-ripio”, por Ruiz Ramón; y Gonzalo Sobejano, uno de los críticos que se ha acercado con más inteligencia a estas obras, nos habla de la “cohetería de imágenes” que encontramos en sus versos. Pero estas interpretaciones se encuentran, en realidad, tan ligadas a la evolución posterior del teatro como alejadas, por tanto, de la mirada del propio Echegaray o de los recursos solicitados por los intérpretes y aceptados por el público de la Restauración. Al proceder así, tratamos la obra literaria de forma autónoma y dejamos de tener en cuenta la situación histórica en la que se inscribe el autor. De este modo, nos privamos del único medio que nos permite explicar todos los elementos que aparecen en un texto literario y otorgar un sentido a las partes que nos parecen, en principio, más incomprensibles o difíciles de justificar.

Al multiplicar los símbolos e imágenes, el planteamiento de Echegaray resulta muy diferente. Considera que no se aleja un ápice de sus ideales científicos y que potencia las virtudes primordiales de la literatura y la retórica. Su trabajo artístico consiste precisamente en señalar esa profunda unidad que el poeta intuye y que el hombre de ciencia encuentra entre la razón y los fenómenos del mundo exterior. Por este motivo, las comparaciones se prodigan en los discursos políticos o en favor del libre comercio. Quienes le escuchan en 1860, en las primeras intervenciones en la vida pública, resaltan precisamente este rasgo retórico de Echegaray: “el fuego de sus imágenes, la valentía de los rasgos con que materializa las ideas más abstractas”. En el Congreso exhorta así a los diputados para que vigilen los peligros, en apariencia insignificantes, que acechan a la Revolución de Septiembre recordando cómo la tempestad reúne mil pequeñeces, mil granos de arena que pueden, sin embargo, “sepultar al viajero” (1870: 5139). Nada permite imaginar mejor la crueldad de la Inquisición cómo el hierro encontrado en el Quemadero de la Cruz, que Echegaray recuerda en el

discurso sobre la libertad religiosa cuando se consagra su fama como orador. Oxidado, "al recibir el ensangrentado aliento de la víctima", el hierro incluso mostró, en efecto, "más compasión, fue más humano, se ablandó más que los infames verdugos de aquella infame teocracia" (1869: 1637). Y en esa misma ocasión no deja de recurrir a otra imagen, la del vapor concentrado en la caldera de una locomotora, para expresar la fuerza de las ideas cuando se encarnan en la sociedad.

Las obras literarias son lógicamente el lugar idóneo para trazar estas semejanzas. Al inicio de *El gran Galeoto*, los primeros versos adelantan con un símbolo lo que va a ocurrir. "¡Hermosa puesta de sol!/ ¡Qué nubes, qué luz, qué cielo! (...) ¡qué venturas nos aguardan,/ qué porvenir tan risueño,/ cuánta vida en nuestra vida,/ cuánta luz en nuestro cielo!", declama la protagonista. La espléndida puesta de sol resume para Teodora su dicha presente y avanza, al mismo tiempo, la catástrofe final. En la naturaleza encuentra Ernesto, el protagonista, el ejemplo para hacernos ver el peligro y la imposibilidad de luchar contra las murmuraciones: "Hasta el límite que marca/ suelta arena, el mar se tiende;/ por todo el espacio extiende/ emanaciones la charca". Y en los ojos de Teodora podemos captar "ese fuego,/ que es el resplandor del alma/ que se extiende por los cielos".

Tampoco Echegaray deja de apuntar esas coincidencias una y otra vez en los discursos académicos o en los textos de divulgación científica. Ante la crisis de los postulados de la Mecánica clásica advierte que se cuelean elementos extravagantes en estas disciplinas y que, a veces, como en literatura "existe el modernismo, y en el orden social el anarquismo destructor, así en todas las ciencias y en cada una hay su modernismo también". O se pregunta, a sabiendas de que se trata de una comparación poco afortunada que su pensamiento no consigue desechar, si esa importancia que nuevos elementos y fuerzas adquieren en la física no se corresponde con la que va logrando el cuarto estado con las reivindicaciones del socialismo (1910c: 479).

Los excesos pasionales y los finales dramáticos tampoco están reñidos con la ciencia y sus procedimientos. La conducta brutal de sus personajes de época cuando muestran sus ansias de libertad ¿no constituye asimismo un símbolo de la fuerza con que brotan las aspiraciones del individuo? El fracaso que acompaña

estas primeras tentativas ¿no indica, acaso, a los espectadores la ausencia aún del sentido del deber, de un freno que las encauce?

Siempre desde la perspectiva del escritor, tampoco la acumulación de peripecias externas, de casualidades en la trama, por la que recibe frecuentes críticas, supone una vulneración de los principios básicos de su pensamiento. No es en absoluto la fantasía, para Echegaray, lo que caracteriza sus obras literarias. En ellas, el dramaturgo encuentra también la estrecha relación entre la ciencia y el arte que proclama en su discurso de ingreso en la Española: “sostengo para la Estética el doble método de la experiencia y de la razón” (1894: 12). No puede por tanto sorprendernos que, al componer sus obras, Echegaray se imagine a sí mismo trabajando en cierto modo como un hombre de ciencia. Este, en principio, debe observar y extraer datos de la realidad. A continuación, el científico en su más alta expresión aplica una lógica precisa, intenta darles una fórmula matemática, una ley abstracta. Por ello, Echegaray insiste en sus prólogos en la afirmación de que las situaciones rechazadas por los críticos —el adulterio, el asesinato o el azar de una carta encontrada— se corresponden con hechos, con sucesos ocurridos en la realidad, y se pueden documentar en la prensa. “Las crónicas escandalosas de las grandes poblaciones como París, Viena, Madrid, y aún Londres, ofrecen por centenares infamias aun más infames” —asegura en el prólogo de *Cómo empieza y cómo acaba*, una de sus obras más discutidas—. Y para probar su deseo de atenerse a la realidad observada, añade con orgullo: “Si drama de invención fuese, y de antemano me acuso de inmodestia, algo más nuevo hubiera inventado” (1876: 8-9). E idénticas afirmaciones proclama muchos años después, ante el asombrado periodista: “Soy de los que estudian la realidad, aunque se crea lo contrario, aunque se propale que mi teatro está sembrado de sombras y fantasmas vanos” (Morote: 128-29).

Una vez obtenidos esos datos mediante la observación, Echegaray se limita, en su opinión, a comprobar cómo los sucesos y los personajes siguen los dictados de “la más severa, de la más implacable lógica”. Las deducciones del escritor avanzan con seguridad por este camino, pues el individuo, al apartarse de la ruta señalada por el deber, pierde su autonomía y responde ya como cualquier objeto a las leyes de la mecánica. En los dramas contemporáneos o de

época, sus personajes no responden, por tanto, al capricho del dramaturgo; se ven obligados a seguir “la lógica de la fatalidad, que es la que domina cuando en el alma humana la libertad moral cede su puesto a la pasión” (1876). No importan, en realidad, los accidentes ni las aparentes casualidades. Una vez se cede a la tentación y empezamos a actuar en contra del deber, “la lógica del crimen —advierte el dramaturgo— marcha por un eje fatal e invariable”. Dejamos el libre albedrío, cesa la libertad y nos adentramos en un terreno muy diferente sobre el que la mente puede construir ya sus hipótesis: “En la idea criminal se manda, y se la puede vencer; en los accidentes del mundo exterior no se mandan; ellos se imponen y, si el germen existe, le hacen brotar y crecer” (1876: 10). Algo que incluso se puede intentar demostrar con fórmulas matemáticas como sostiene Echegaray en 1886 en la Revista de los Progresos de las Ciencias.

De este modo, Echegaray considera que también en el teatro mantiene vigentes los principios que marcan su actividad dentro de la ciencia. Aporta una pieza coherente y novedosa en la profunda renovación ideológica que estos nuevos profesionales llevan a cabo en la segunda mitad del XIX. Y puede reclamar, para sí mismo, las significativas palabras que le dedica a una personalidad con la que guarda ciertas afinidades, Navarro Reverter, escritor, ingeniero industrial, ministro de Hacienda:

Quién empezó su carrera por las ciencias matemáticas, si su actividad exuberante y la amplitud de su entendimiento, le llevan a otras regiones, a todas ellas llevará como marca de origen el rigor y la lógica de las ciencias exactas” (1914: 430).

MIRANDO HACIA ADELANTE

En las páginas anteriores hemos intentado reconstruir el marco histórico en el que debemos situar la obra y la figura de Echegaray. Sin embargo, estamos acostumbrados a enfocarlas en un contexto muy diferente. Lo habitual hoy sigue siendo tener en la memoria solo los comentarios negativos que recibió por parte de jóvenes escritores como Azorín o Valle Inclán. Ahora bien, Azorín o Valle Inclán nada tienen que ver con el momento histórico en que Echegaray se forma ni con el grupo social de intelectuales que representa. Los jóvenes ‘airados’ de principios de siglo nos informan sobre una cuestión importante, que es preciso

también abordar: la diversa recepción de sus obras por parte del público y de la crítica en diferentes momentos. Pero no pueden ser la referencia con arreglo a la cual tratemos de explicar el teatro de Echegaray ni su trayectoria como intelectual. El modo en que las obras literarias son juzgadas por los espectadores o por la crítica aporta datos fundamentales sin duda. Ahora bien, el investigador debe primero analizar y situar la realización de la obra y las justificaciones dadas por el autor para establecer la raíz histórica de las mismas. No para recrear la personalidad del autor o para ver cómo se proyecta en las obras, sino para captar cómo se integra, con voz propia, en los conflictos y en los debates a los que el individuo y el grupo social al que pertenece intentan responder de acuerdo con sus intereses.

Interpretar las obras y actividades de Echegaray supone, pues, insertarlas en una coyuntura histórica concreta marcada por procesos sociales, económicos y políticos: el impulso económico y el desarrollo de las actividades empresariales que se produce a mediados del XIX; y la aparición de un nuevo grupo de intelectuales que destacan por el ejercicio de su profesión y que encuentran un camino despejado en los espacios de libertad abiertos por el Bienio Progresista, por la Unión Liberal y, más tarde, por la Revolución de Septiembre. Solo así es posible despejar las aparentes contradicciones que rodean a Echegaray; otorgar, en suma, un sentido preciso al optimismo y a las continuas proclamaciones a favor del individuo, del trabajo y del sentido del deber, que hallamos tanto en su teatro como en el resto de sus obras y actuaciones.

Este año de 2016 se han dado pasos en la correcta dirección. La prensa ha recogido varios artículos recordando el centenario, se han organizado algunas conferencias⁷ y se han realizado diversas exposiciones. Pero queda, sin duda, mucho camino por recorrer. Desafortunadamente, su figura permanece aún envuelta en una nebulosa. A pesar de la resonancia de sus obras y de la extraordinaria popularidad alcanzada en vida, Echegaray se ha convertido paradójicamente en un personaje olvidado incluso por los lectores e historiadores profesionales. Continuamos preguntándonos por qué recibió el Premio Nobel en

⁷ El origen de este trabajo se encuentra precisamente en la sesión de trabajo sobre Echegaray organizada por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales dentro del ciclo Encuentros entre Política y Ciencia, que tuvo lugar en octubre de 2016 y en la que pude intervenir junto a Sánchez Ron y Tedde de Lorca.

vez de formular otra interrogación mucho más acertada: ¿por qué nos planteamos aún esa extraña cuestión?

Probablemente, se sigue también echando en falta una verdadera exposición dedicada a Echegaray en la que participen varias Academias, el Ateneo, los Colegios profesionales, la Biblioteca Nacional o el Banco de España; en la que podamos ver, junto a las portadas de sus libros, la espléndida galería retratos que se conservan, la medalla del Nobel, los textos manuscritos y los libros de su biblioteca; en la que se expongan los dibujos y las fotos que muestran los escenarios, los rostros o los trajes de los intérpretes, las manifestaciones de entusiasmo de los espectadores, así como las imágenes cinematográficas que se conservan del homenaje realizado en 1905, en las que aparece el propio Echegaray en las escalinatas de la Biblioteca Nacional asistiendo al desfile multitudinario que se celebró en su honor. Ese día, probablemente, conozcamos ya mejor la relación estrecha que existe entre los intelectuales que empiezan su andadura en torno a 1854 y las siguientes oleadas de competentes profesionales que seguirán buscando desesperadamente su lugar en la vida pública a principios del XX; entre ellos, en definitiva, y nuestras propias inquietudes hoy día como profesores, economistas, políticos o científicos.

BIBLIOGRAFÍA

- Alas, Leopoldo. (1973). La Academia Española y el Premio Cortina. En Palique (Ed. J.M.Martínez Cachero), (pp. 139-44). Barcelona: Labor.
- Alas, Leopoldo. (2004). El libre examen y nuestra literatura presente. En Obras completas. Solos de Clarín. La literatura en 1881. Sermón perdido (Vol. 5), (Ed. Santos Sanz), (pp. 61-74). Madrid: Biblioteca Castro.
- Bastiat, Frédéric. (1858). Armonías económicas. Madrid.
- Costas Comesaña, Antón. (1988). Apogeo del liberalismo en 'La Gloriosa'. La reforma económica en el Sexenio Liberal (1868-1874). Madrid: Siglo XXI.
- Delibes, Alicia. (1999). José Echegaray: El viejo idiota. La Ilustración liberal, 4, 115-19.
- Echegaray, José. (1869). Discurso. En Diario de Sesiones de las Cortes (sesión del 5 de mayo de 1869), pp. 1633-39.
- Echegaray, José. (1869b). Discursos leídos ante la Real Academia de ciencias Exactas, en la recepción de D. Eduardo Saavedra el 27 de junio de 1869. Madrid.
- Echegaray, José. (1870). Discurso. En Diario de Sesiones de las Cortes (sesión del 24 de enero de 1870), pp. 5133-44.

- Echegaray, José. (1872). Discurso. En *Diario de Sesiones de las Cortes* (sesión del 18 de noviembre de 1872), pp. 1456-62.
- Echegaray, José. (1876). Dos palabras al público. En *Cómo empieza y cómo acaba* (pp. 7-12). Madrid.
- Echegaray, José. (1877). Discurso y rectificación del Señor Don José Echegaray pronunciados en las sesiones de los días 7, 9 y 11 de julio de 1877, con motivo del dictamen de la comisión de información parlamentaria referente a las operaciones del Tesoro. Madrid.
- Echegaray, José. (1881). Discurso del señor Echegaray. En *El Ateneo de Madrid en el centenario de Calderón* (pp. 205-213). Madrid.
- Echegaray, José. (1882). La fotografía de la palabra. *Ilustración Artística*, 1, 7.
- Echegaray, José. (1884). Estudio sobre el realismo en la ciencia, en el arte en general y en la literatura. *Anales del Teatro y de la Música*. Madrid, VII-XIV.
- Echegaray, José. (1886). El determinismo mecánico y la libertad moral. *Revista de los Progresos de las Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, XXI (1), 1-21.
- Echegaray, José. (1889). Febrero. En P.A. Alarcón et al. *Los meses* (pp. 45-59). Barcelona: Henrich y Cía.
- Echegaray, José. (1890). Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Alberto Bosch y Fustegueras el día 28 de marzo de 1890. Madrid.
- Echegaray, José. (1894). Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Sr. D. José Echegaray el día 20 de mayo de 1894. Madrid.
- Echegaray, José. (21 de enero de 1895a). La locomoción. *Los Lunes de El Imparcial*.
- Echegaray, José. (1895b). Discursos leídos antes la real Academia Española en la recepción pública de don Eugenio Sellés el día 2 de junio de 1895. Madrid.
- Echegaray, José. (1896). Los tres elementos del drama. *La Ilustración Artística*, XV, 755, 422.
- Echegaray, José. (1898). Discurso leído por el Excmo. Sr. D. José Echegaray el día 10 de noviembre de 1898 en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras. Madrid.
- Echegaray, José. (30 de enero de 1904). La vejez militante. *Gente Vieja*, 3-5.
- Echegaray, José. (1905a). *Ciencia popular*. Madrid.
- Echegaray, José. (1905b). Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública de D. Emilio Ferrari, el día 30 de abril de 1905. Madrid.
- Echegaray, José. (1905c). Discurso leído en la Universidad Central en la solemne inauguración del curso académico de 1905 a 1906. Madrid.
- Echegaray, José. (1905d). La crítica en matemáticas. *Revista de Obras Públicas*, 53, 148.
- Echegaray, José. (1909). Recuerdos. *La España Moderna*, 252, 87-97.
- Echegaray, José. (1910a). Recuerdos. *La España Moderna*, 253, 25-35.
- Echegaray, José. (1910b). Recuerdos. *La España Moderna*, 262, 47-57.
- Echegaray, José. (1910c). La evolución actual de las ciencias. *Revista de Obras Públicas*, 58, pp. 467-70, 477-79.
- Echegaray, José. (1914). Prólogo. En Navarro Reverter, J. *Páginas escogidas. Estudios literarios de Enrique Gómez Carrillo, Conrado Solsona, José Echegaray*, pp.419-33. París: Garnier hermanos.

- Echegaray, José. (1914b). Discurso leído ante la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en su recepción pública por el Sr. D. Augusto Krahe y García, y contestación del Excmo. Sr. D. José Echegaray, el día 13 de diciembre de 1914. Madrid.
- Echegaray, José. (1914c). Prólogo. En *Gritos del combate. Poesías y discurso sobre la poesía contemporánea*, pp. 5-29. Madrid: Librería Fernando Fe.
- Echegaray, José. (1917). *Recuerdos (Vols.1-2-3)*. Madrid: Ruiz Hermanos
- Echegaray, José. (2002). *El gran Galeoto*. Madrid: Castalia.
- Echegaray, José. (2006). *Una mirada global: José Echegaray y Eizaguirre: Divulgador, ingeniero, científico, literato y político. 17 de mayo a 7 de junio de 2006*. Madrid: Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.
- Fornieles Alcaraz, Javier. (1989). *Trayectoria de un intelectual de la Restauración: José Echegaray Almería: Caja de Ahorros*.
- Fornieles Alcaraz, Javier. (1991). *Nicolás Salmerón (republicanos e intelectuales a principios de siglo) Almería: Zéjel*.
- Fornieles Alcaraz, Javier. (1995). *Nicolás Salmerón: intelectuales y políticos en la segunda mitad del siglo XIX*. En Leal Martínez, F. (Coord.), *150 aniversario del Instituto de Bachillerato de Almería Nicolás Salmerón y Alonso*, pp. 59-66. Almería: Institutos de Estudios Almerienses.
- Fornieles Alcaraz, Javier. (2002-2003). *Los Recuerdos de José Echegaray*. *Siglo Diecinueve*, 8-9, 177-226.
- Fornieles Alcaraz, Javier, y López Sánchez, Luis. (2013). *El tercer sueño de Echegaray (Psicoanálisis y literatura)*. *Revista de literatura*, 149, 117-134.
- Fornieles Alcaraz, Javier. (2017). *José Echegaray: neorromanticismo y librecambio*. *RILCE*, 33 (1), 165-187.
- García de Galdeano, Zoel. (1916). *Echegaray*, *Revista de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Zaragoza*, 1, 241-245
- Hernández, Librada. (1991). *El teatro de José Echegaray: un enigma crítico*. Michigan: UMI.
- Herranz, Fermín. (1880). *Echegaray, su tiempo y su teatro*. Madrid.
- Leal, Luis Román. (1880). *Teatro nuevo*. La Habana.
- Homenaje a Echegaray. (1905). *Revista de Obras Públicas*, 53(1539), 157-72.
- Mañé y Flaquer, Juan. (1889). Prólogo. En P.A. Alarcón et al. *Los meses* (pp.9-32). Barcelona: Heinrich y Cía.
- Martínez Olmedilla, Augusto, (1949). *José Echegaray, el madrileño tres veces famoso: su vida, su obra, su ambiente*. Madrid.
- Menéndez Onrubia, Carmen, y Ávila Arellano, Julián. (1987). *El neorromanticismo español y su época. Epistolario de José Echegaray a María Guerrero*. Madrid: CSIC.
- Morote, Luis. (1904). *Oyendo a Echegaray*. En *El pulso de España: Interviews publicadas en Heraldo de Madrid y El Mundo de la Habana* (pp. 121-133), Madrid.
- Pi y Arsuaga, Francisco. (1884). *Echegaray, Sellés y Cano*. Madrid.
- Revilla, Manuel de la. (1876). *Bocetos literarios: don José Echegaray*. *Revista Contemporánea*, 24, 413-30.
- Rey Pastor, Julio. (1970). *El progreso de España en las ciencias y el progreso de las ciencias en España*. En Ernesto y Enrique García Camarero (Eds.), *La polémica de la ciencia española* (pp. 458-478). Madrid: Alianza.

- Rodríguez, Gabriel, y Echegaray, José. (1856). Las exageraciones. *El Economista*, 4, pp. 63-67.
- Rodríguez, Gabriel. (1869). Discurso. En *Diario de Sesiones de las Cortes* (sesión del 26 de junio de 1869), p. 3170.
- Rubio Jiménez, Jesús. (1982). *Ideología y teatro en España 1890-1900*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Ruiz Benítez, Inma. (2006). *José Echegaray: energía estética*. Madrid: Autor.
- Samper, Edgard. (1985). *José Echegaray: l'homme de science et le politicien en son temps. Recherches sur le libéralisme espagnol de 1860 a 1874*. Nice: Université.
- Sánchez Ron, José Manuel. (Ed.). (1990). *José Echegaray 1832-1916*. Madrid: Fundación Banco Exterior.
- Sánchez Ron, José Manuel. (2016). *El hombre polifacético. Técnica, ciencia, política y teatro en España*. Madrid: Fundación Juanelo Turriano.
- Sobejano, Gonzalo. (1976). Echegaray, Galdós y el melodrama. *Anales Galdosianos (Anejo)*, 94-105.
- Tedde de Lorca, Pedro. (2006). José Echegaray, economista. En F. Comín, P. Martín Aceña y R. Vallejo (Eds.), *La Hacienda por sus ministros: La etapa liberal de 1845 a 1899* (pp. 339-367). Zaragoza: Prensas universitarias.
- Tortella Casares, Gabriel. (Dr.). (1874). *La banca española en la Restauración*. Madrid: Servicio de Estudios del Banco de España.
- Urrutia, Jorge. (1983). El camino cerrado de Gaspar Núñez de Arce. *Anales de literatura española*, 2, 491-508.
- Urrutia, Jorge. (14 de septiembre de 2016). En el centenario de Echegaray. *El País*.